vestidas las maniquies de los costureros ricos?..

* *

A veces en las calles alegres de París, ciertas mujeres nos sorprenden. En mil detalles se ve que no son ricas. Ni tienen coche, ni llevan joyas. Pero no importa. A pie, andando de prisa como la gente que trabaja, á pie y sin adornos, producen la impresión de ser verdaderos modelos de elegancia. Sus trajes, de paños finísimos, tienen el corte impecable que es peculiar á las creaciones de los grandes modistos. Sus altos guantes blancos acaban de salir de la tienda. En sus sombreros magníficos, las plumas más raras ondulan.

-Esas muchachas - nos dicen los iniciados-son las maniquíes.

¿Las maniquíes? Aunque no hayamos visitado nunca un taller de costura, este nombre nos es familiar. Lo hemos visto en las estampas, en las novelas, en las crónicas. París habla á menudo de esas maniquíes. Las admira con ternura algo vanidosa como flores que sólo en su suelo crecen, y se deleita en describir sus esplendores y sus miserias, sus triunfos y sus penas, sus gracias y sus desgracias, sus lujos y sus pobrezas. Lo que más llama en ellas la atención á los psicólogos es el contraste que encarnan. Pagadas como criadas, se visten como reinas. ¡Qué digo! Son las reinas las que tratan de vestir como ellas. Ellas, antes que las más ricas mujeres, se ponen los mantos de armiño, los corpiños de encaje, las faldas de terciopelo, los chales de tul. Ellas inauguran los sombreros magníficos, en los cuales los pájaros raros abren sus alas irisadas. Ellas cambian de adornos cada dos horas. Pero así ataviadas, tienen que buscar, cuando llega la hora del almuerzo, la más humilde cremeria para gastar lo mismo que las pobres obreras de las fábricas. ¿Qué han de hacer las infelices con los 150 francos mensuales que ganan?

-¡Eh! - murmura la malicia públicalas señoritas maniquíes no se contentan con lo que sus amos las dan por ponerse trajes suntuosos. Otros hay que las dan más por quitárselos...

La leyenda de las lindas muchachas de la rue de la Paix, que han abandonado el salón de essayage para instalarse en el salón de algún gran duque, es una de las leyendas más peculiares de París. René Maayeroy, que adora á las obreritas, consagró, poco hace, todo un volumen á relatar las aventuras de una chiquilla de esas, que después de trabajar humildemente, conquista, á fuerza de sonrisas, una corona de princesa. Pero el que mejor conoce á las maniquíes, el que con más cuidado las estudia es Paul Adam, el fuerte Paul Adam, que se divierte así, en sondear de vez en cuando los misterios de la rue de la Paix, de la rue Royale y del Bulevar. En primavera, sobre todo, esos centros de lujo por los cuales pasan, frufutantes y perfumadas, las parisienses, tienen para el filósofo un atractivo irresistible. Y es que nada puede compararse con la primavera parisiense.

Todo sonrie durante estos días paradisíacos. Todo es alado, todo es ligero. Algo como un velo de hadas galantes envuelve la existencia para ocultar sus miserias y no dejarnos contemplar sino lo que en ella es goce y esperanza. Una intensa frivolidad llena el espacio. Es una frivolidad de arte, de artificio y de misterio. En el ambiente hay perfume de flores, que se escapa de las ventanas entreabiertas, y al través de las vidrieras se ven por todas partes, irguiendo sus tallos esbeltos, los iris de mil matices, las lilas frescas y las rosas primeras. Son las flores modestas. Un poco más tarde, cuando la Exposición de Horticultura abra sus puertas, vendrán las otras, las raras, las caras, las que tienen nombres extraños, formas fantásticas y colores inverosímiles. Ahora la frescura basta. Porque este mes es el mes de lo que sólo no es rico. Las mujeres mismas que nos encantan por las calles, no pertenecen únicamente á las clases ricas, sino que, por el contrario, son á menudo modistillas ó burguesitas, chicas póbres, muchachas humildes.

La Primavera le pertenece también á Mimí Pinson. ¿Qué digo? La Primavera es ella. Ella la hace con su gracia, con su alegría. Para la gran dama, para la actriz conocida, para la belleza de lujo está además el Otoño melancólico, en que los encajes se esconden bajo las pieles. Pero en Abril la palma es para la juventud, para la ingenuidad. Ved esos cuerpecillos rítmicos que ondulan, llenos de vida. ¡Cuánta armonía! ¿Y esos rostros de risa bajo esos rizos de capricho? ¿Y esas bocas glotonas que enseñan los dientes de lobos humanos? Ningún secreto comprado á precio de oro en doctos institutos de belleza da tal gracia. Lo único que la da, es el bálsamo de los diez y ocho años.

Paul Adam admira á esas muchachas entre las cuales sobresalen los maniquíes. Con ternura casta, las sigue por las calles para conocer el misterio fragante de sus vidas. Luego, grave, las interroga. Y cuando sus quehaceres de gran pintor de frescos cíclicos le dejan una hora de solaz, diviértese en dibujar, con claros lápices, las más inquietantes, las más

ondulantes siluetas. He aquí á mademoiselle Odette, que parece nacida para no llevar sino trajes de baile, de tal modo su descote es admirable. Sus gestos, sus rasgos y sus actitudes son de princesa guerrera. Alta y altiva, contempla á los pobres mortales que pasan á su lado como si fueran seres de una raza inferior. Cuando se envuelve en la espiral de un traje de brocado ó de terciopelo para hacer ver la moda nueva á alguna Gran Duquesa extranjera, la noble dama se inclina instintivamente olvidando que la pobre parisiense no es sino una obrera que está á sus órdenes. Otra maniquí célebre es Germana, que tiene toda la encantadora impertinencia de maneras, de miradas, de ademanes y de sonrisas de una Marquesita Luis XV, y que, con sus trajes vaporosos y sus peinados aéreos, hace pensar en las elegancias abolidas de Trianón. Paula, por el contrario, es como una flor nueva nacida en el París actual. Sus líneas son á la par amplias y finas. Su palidez se colora de luces delicadas. Su cabellera de bronce, tal vez oxidada por me-

dios artificiales, la corona de un casco luminoso. Sus trajes estrictos, hechos de una sola línea que se ajusta al serpenteo del cuerpo, sirven de modelo á las atrevidas amazonas que llenan por las mañanas de risas y de murmuraciones el Bosque de Bolonia. Muy parisiense también, muy parisiense y muy moderna, con sus rizos locos y sus labios infantiles, aparece la exquisita Magdalena. Sus gustos son originales. En cuanto ha llevado unas cuantas horas una toilette, ya la da un sello personal. Con habilidad extraña y casi diabólica cambia aquí un pliegue, allá una costura, más abajo un volante, y lo que antes pertenecía al estilo clásico, se convierte en una maravilla de su propio estilo.

De estas muchachas de Paul Adam, sin duda, algunas se irán hacia países de oro raptadas por algún banquero ó algún duque. ¿No era ayer maniquí la hoy triunfante Feyline? Pero la mayoría permanecerá fiel á su dignidad de modelo de elegancias y de gracias impecables. Las señoritas maniquíes adoran su oficio. Con un orgullo infinito, se

creen superiores á las demás mujeres. Saben que de ellas depende la moda, y la moda es para la rue de la Paix la única religión respetable. Una actitud de mademoiselle Magdalena ó de Mlle. Paula, puede arruinar una creación. Por lo mismo tienen una circunspección de sacerdotisas. Saben lo que un paso significa, lo que un movimiento de las caderas representa, lo que un ritmo de brazos vale. Lo saben, y lo aprecian. Son vanidosás con justicia. Y como, en general, ponen su belleza por encima de sus intereses, no sufren de tener que buscar á la hora del almuerzo las cremerías más baratas.

* *

Las lindas actrices parisienses que se figuran ser más mujeres, es decir, más seductoras, mientras menos vestidas se muestran, han recibido una lección de estética. Y esta lección no es un sabio viejo y malhumorado quien se las ha dado, sino una linda dama, la señora Delarue Mardrus.

«Vosotras—las dice—, vosotras que creéis que la divinidad femenina reside en los descotes, os equivocáis.» Y luego, franca, clara, agrega: «El principio esencial, la causa profunda del prestigio todopoderoso de la mujer, en todas partes en donde reina, y lo mismo en los palacios que en el fondo de los bosques, es lo que desde tiempos inmemoriales exalta y domina, la eterna falda.» Las que soñaron un instante, allá en la época, por fortuna desvanecida, del auge ciclista, en que el bello sexo renunciaría á su ondulante envoltura para adoptar el hombruno pantalón, creerán ver en estas líneas un ataque contra las reivindicaciones del feminismo.

— La falda — dicen las entusiastas de madame Diulafoy — es el distintivo de la esclavitud mujeril... Con una falda es imposible hacer nada grande... Los hombres nos ponen la falda como ponen un yugo á los bueyes...

La ilustre señora Delarue Madrus podría, para defender sus ideas, citar mil nombres ilustres. Pero, en su sencillez, prefiere no contestar á las que creen aún que el calzón masculino es una prenda que puede convenir á las formas femeninas; y concretándose á discutir con las partidarias del desnudo, más ó menos franco, escribe: «Suponiendo una humanidad sin velos, tendríamos que llegar á convencernos de que la mujer, en la batalla perpetua de la vida, perdería todas sus ventajas. Ventajas de belleza, en primer lugar, por dos razones, á saber: Que la mujer se deforma á causa de la maternidad y que en igualdad de perfección el hombre es más bello que ella.»

Pero como teme que esto no sea bastante para convencer á todas sus compañeras, la linda escritora exclama: «Además, con la desnudez, el misterio desaparece, y el misterio es toda la mujer.» La frase es bella, justa y oportuna. La mujer es el eterno secreto, el eterno enigma, el eterno arcano. Dejándose adivinar, domina mejor que mostrándose. Haciendo como que esconde, enseña más que desnudándose. Cubriendo con sabio recato sus esplendores, los pone en mayor evi-

dencia. Y en esto, que es uno de los principios elementales de la psicología estética, está tal vez el verdadero fundamento de la indumentaria, de la moda y del lujo. Porque aquello que nos aseguraban los filósofos de antaño sobre la necesidad material de cubrirse, es una tontería. La necesidad habría creado abrigos en los países inclementes. Pero, ¿cómo explicar el hermético velarse de las mujeres de tierras calientes? Los celos masculinos mismos no son sino un pretexto. La causa verdadera de todo lo que es esconder redondeces, está en la coquetería divina y eterna de la mujer.

«Desnuda — dice Mme. Madrus —, la mujer es una linda estatua. Admiradla. Pero
¿queréis desearla? Ponedle su falda. El mundo entero girará alrededor de ella en el acto.
Entre los pliegues milagrosos de la tela ondulosa, los sentimientos más diversos se dejarán coger cual en una red. La vida encuentra su eje, el mundo enigmático de las líneas
y de los contornos conquista su centro de
gravedad. Segura de su gracia y de su do-

minación, la mujer va á constituirse en unídolo en el modelo de las perfecciones.

»Ella es, en efecto, la inteligencia de los jarrones esbeltos y esmaltados, de las altas copas de cristal, de los bronces suaves y de los ramilletes pintados. Su gesto móvil continuará la curva de los magníficos muebles. La gracia de sus posturas dará un sentidoinesperado á los cortinajes.

»Más que la línea absoluta del cuerpo desnudo, en efecto, el cuerpo vestido, con su elegancia serpentina, influye en las artes. Mas las artes nos importan menos que las almas. Y las almas, sin duda, se dejan más á menudo captar por las sirenas, cuyas colas son de sedas blandas, que por las ninfas sin velos.»

* *

¿Encontráis algo de antifemenino en lasideas de la ilustre escritora francesa? Yo no; nada. Pero, según parece, las profetisas del movimiento emancipador de la mujer venen ellas un ataque contra la libertad del sexo débil y contra la dignidad del bello sexo.

—La señora Delarme Mardrus es la adversaria de la mujer moderna — gritan algunas damas por allí.

—Y, sin embargo — dice la ilustre autora de La sacerdotisa de Tannit —, yo no me he mostrado nunca enemiga de las mujeres. Al contrario, de lo que he tratado, es de hacer comprender á mis hermanas que no les conviene convertirse en rivales del hombre. En nuestra misión hay algo superior, ó, por lo menos, diferente de lo que hay en la misión masculina.

Lo que no perdonan, en realidad, las mujeres á Lucía Delarue, es la frase que sirve de título á uno de sus artículos. «La mujer —dice—es una bestia divina.»

¿Es un insulto?

Yo no lo creo. La palabra «divina» suaviza la otra palabra; y cuando uno quiere cristalizar la imagen que ambos vocablos sugieren, no puede menos de ver una esfinge viva que, con su cuerpo de gran felino voluptuoso, con sus garras cubiertas de terciopelo y con su palpitante rostro, domina al mundo.

Yo recuerdo justamente que hace tiempo, cuando Lucía Delarue Madrus no había aún hablado, una de las más lindas damas parisienses, la esposa de Víctor Margueritte, me decía:

—Si los Congresos continúan pidiendo reformas ridículas, las mujeres que no son feas y que no tienen empeño en parecerlo, van á tener que fundar una Liga para la defensa de la coquetería, como existe ya una Liga para la defensa de los monumentos históricos.

Ante tales palabras, es imposible no sonreir, puesto que jamás las damas bonitas (y
aun las no bonitas) han tenido menos que
ahora necesidad de que sus derechos estéticos
sean protegidos. Pero algunos comienzan á
preguntarse si la influencia de Mme. Jeanne
Dieulafoy, que se viste de hombre, no es ya
funesta. Comienzan á preguntárselo, porque
ven que la misma Lucia Delarue Madrus
cree necesario hacer, en un diario popularísimo, una campaña en favor de las faldas y
de las cabelleras.

«Vestida con pantalones, como los hombres—dice—, la mujer no es sino un ser menudo, lastimoso y risible.» Yo creo lo mismo. Y creo también que la falda, la ondulante falda femenina, la falda contra la cual peroran las señoras de los Congresos feministas, es el más admirable adorno de la mujer. ¡Cuánto misterio y cuánto ritmo, cuánta gracia y cuánta discreción en ese simple envoltorio de telas suaves!

Lo que los mantos antiguos poseían de majestuoso en sus pliegues impecables, la falda lo conserva. Y la falda tiene, al propio tiempo, el vuelo vaporoso de las alas, el rumor delicado de las brisas, la armonía eterna de las curvas... El diablo mismo perdería mucho si la discreta falda fuera un día reemplazada por el picaresco pantalón, pues no hay nada que indique las líneas de un cuerpo joven como ese velo hermético que parece ocultarlas.

Madame Delarue Madrus, con la lírica franqueza que la honra y la distingue, confiesa, haciendo un gesto coqueto, que eso de ser una bestia divina no la disgusta, ni la humilla ni la perturba. Dirigiéndose á las mujeres en general, dice:

— Expresad valientemente vuestra animalidad. Escribiendo ó bailando, amando ó pensando, esculpiendo ó pintando, expresad vuestra animalidad. Gracias á ella, que os permite ser bárbaras con talento ó con genio, podréis expresar lo que el hombre, ser artificial á causa de su educación clásica, ignora. Desdeñad las lecciones. Buscad, con vuestro instinto animal, el camino que os conviene.

La lección es admirable. Es la lección del alma libre de escuelas, libre de tradiciones y libre de cánones. Pero, por desgracia, la mujer moderna es incapaz de oirla y de comprenderla. Siendo muy atrevida en cuanto se trata de vestirse y de pintarse; sabiendo reirse de la burguesía masculina en cuanto se trata de amar; sintiéndose, en fin, capaz de todas las pasiones y de todas las coqueterías, en la vida no logra, en cuanto se hace artista ó pensadora, salir de la estela que deja

la nave masculina, tan vulgar, tan rutinaria, tan usada...

**

Otro gran escritor, que fué á su modo un gran feminista, Mallarmé, daba á la mujer el mismo consejo:

— Continúa siendo — decíale — el más divino animal de la creación.

Y para ayudarla en su coqueta tarea de adornarse, no perdía ocasión de darla consejos para vestirse y para adornarse.

Todo interesaba al gran poeta en la toilette femenina, desde el sombrero hasta los botines. De todo hablaba; todo lo explicaba con detalles exquisitos, con pacientes pormenores Y cuando se cansaba de seguir el pespunte y de contar las puntadas, entreteníase en formar, para el pecho de las damas, ramilletes de flores raras; ó en buscar, en libros viejos y sabios, recetas de belleza. De belleza he dicho, no de higiene. Porque para aquel poeta nada importaba que la mujer se echara á perder la salud, con tal de que lo hiciera armoniosamente.

Remy de Gourmont acaba de descubrir, en efecto, que Mallarmé, el más orgulloso, el más altivo, el más aristocrático de los poetas de nuestra época, fué durante algunos años cronista de modas, ni más ni menos que las innumerables señoras anónimas que cada semana describen en los diarios parisienses las mangas nuevas y las nuevas enaguas. «¡Pobre hombre!», pensarán algunos, figurándose que, al resignarse á hacer croquis de trajes, el maestro tuvo que sufrir en su dignidad literaria. Pero cuando sepan que fué más bien por gusto que por necesidad por lo que ejercitó de cronista de modas, sin duda se quedarán perplejos, y exclamarán: «¡Qué hombre tan raro!» Y, por mi fe, que lo era.

En un medio ambiente de pedantería, entre compañeros que no hablan sino de grandes problemas literarios, de ideas nuevas y de filosofías extraordinarias, él, más que todos, empero, grave, escribía notas sobre las res y sobre los trajes. Las escribía con una

solemnidad casi religiosa, dando tanta im-

portancia á una cinta ó á una pluma como á

la idea de la inmortalidad del alma. Porque

para este poeta nada era insignificante, ni

aun lo ligero; nada era baladí, ni aun lo

frívolo; nada era prosaico, ni aun lo vulgar.

¡Qué digo! Con lo menos propio para inspi-

rar, él sabía hacer verdaderos poemas. «Ha-

blemos - decía - del delantal nuevo.» Y

antes de describir la última creación de la

casa á la moda, cantaba su estrofa: «¡El de-

lantal! A veces es resplandeciente, fabuloso,

soberbio, con sus guirnaldas de flores bor-

dadas de colores lucientes. Algunas lo ador-

nan con perlas de azabache. Pero esas perlas

se convierten en algo superior á su propia

materia y son azabache, sin duda; azabache

siempre; sólo que, gracias al arte, azabache

espléndido, como todas las piedras precio-

sas reunidas, brillando para adornar á la

reina de Saba.» Y es probable que si el fas-

tidioso Sully Prudhomme, que acaba de mo-

rir sin haber visto jamás la belleza de un sombrero de mujer, le hubiese preguntado:

-¿Qué importancia tiene eso?

El buen poeta, siempre grave, le habría respondido.

-La más profunda importancia.

En el mundo, en efecto, apenas hay nada que sea tan interesante como un adorno, como un traje, como un sombrero, como una flor, como una cinta, como cualquier cosa hecha para embellecer á nuestros ídolos, en fin. Para los poetas, sobre todo, el arte de la toilette femenina debiera tener un interés capital. ¿No es acaso el traje un poema de seda? ¿No cabe tanta belleza en un tocado como en una imagen?

Mallarmé, después de descubrir para su hada el chapeau de lumière, combinó para las mujeres elegantes más de un sombrero humano, rindiendo siempre un culto supersticioso á esas modistas parisinas que, con un arte extraordinario, son las únicas capaces de arreglar la corona suprema de la elegancia. Las únicas, sí.

102

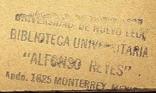
El poeta dice: «Todo el mundo, cuando se trata de un traje, puede, una vez la descripción leída, cortar un corpiño, una falda, un delantal; pero con los sombreros no pasa lo mismo. He allí los elementos del sombrero: terciopelo ó paja, seda ó fieltro; he allí la forma (que á veces no tiene forma), y ya puedo hablaros durante una hora para que hagáis con todo eso y con unas flores y unas plumas y mis palabras, algo. Pues bien; salvo en casos de imaginación, todas iréis á casa de la modista.»

¡La modista! Dad un paseo por las calles parisienses y comprenderéis esta última frase de Mallarmé.

A cada diez pasos las letras áureas de los rótulos nos dicen Modes. Y á lo largo de los bulevares, de las avenidas y de las calles; en los barrios suntuosos como en los modestos; entre dos palacios á veces, y á veces frente á una taberna, las tiendas blancas ostentan con

una coquetería florida y ligera sus escaparates y sus ventanas.

Pero para explicarse esta abundancia un solo dato-un dato filológico-basta. En francés se llama «modas» á los sombreros y «modistas» á las que los hacen. La que confecciona trajes no es modista: es costurera. La modista no viste el cuerpo. Viste la cabeza. Es la que, por excelencia, dispone del gusto. Por eso su orgullo es grande. Por eso, cuando alguien se dirige á una obrerilla de la rue de la Paix ó de la rue Royale y la pregunta: «¿Es usted costurera?», contesta, algo indignada: «No, señor: soy modista.» ¡Y por mi fe que tiene razón! En la costura hay un esfuerzo humilde, una paciencia encorvada, una atención rígida. Es necesario no perder de vista las sutiles agujas que van, á pasos menudísimos, por la extensión infinita de las faldas. Es preciso seguir con meticulosa escrupulosidad las líneas trazadas por la tijera y las indicaciones hechas por el hilván. En cambio, en la mode, todo es fantasía, todo es movimiento, todo es originalidad. Desde



muy temprano, la aprendiza comienza á tener «ideas». Su arte la seduce. Es un arte sin monotonia. Una rosa aqui ó una pluma allá, y el aspecto de la obra ha cambiado como una decoración teatral. Las «formas» mismas, es decir, lo que constituye el sombrero, no existe sino conforme al gusto de la obrera. De un fieltro ó de una paja informes, redondas y blandas como pedazos de trapo mojado, ésta hace un nimbo; aquélla, una aureola; la otra, una guirnalda; la de más allá, un casco; la última, una cofia. Es un arte de metamorfosis y de transformaciones. Las hadas que lo ejercen saben soñar como poetas, saben meditar como filósofos, saben combinar como químicos. ¿No habéis, acaso, visto, al pasar ante las vidrieras, á esas rubias esbeltas que con una «toca» á medio hacer entre las manos, se inmovilizan durante largos instantes contemplando el espacio vacío? Son las hadas que idean y fantasean y buscan en el éter la forma definitiva, los colores justos, el giro supremo. En una pluma que ondula hay un esfuerzo sapientísimo y las coronas

de flores que guarnecen las copas obedecen á doctos cálculos de armonía. ¿No hemos, por ventura, convenido en que un sombrero de mujer es un poema? Es, en la toilette, lo que ríe, lo que alegra, lo que goza, lo que atrae. Es el adorno lírico. Todas las extravagancias le están permitidas, con tal que sean bellas. Su estética no tiene, cual la del traje, leyes estrechas. Las discusiones no le importan. Sus únicos cánones son los del ritmo.

* *

Los hombres serios que estudian la evolución comercial del mundo explican la abundancia de tiendas de modes en París por medio de la disminución constante de los precios. En efecto: mientras en todo ó en casi todo lo necesario y lo superfluo, la carestía sigue una escala ascendente á través de los siglos, en el tocado femenino pasa lo contrario. Los sombreros con pájaros y blasones, por los que las damas del siglo xv paga-